



Guía urbana del ladrón







GEOFF MANAUGH

GUÍA URBANA DEL LADRÓN

Traducción de Albert Fuentes




melusina





Título original: *A Burglar's Guide to the City*

A BURGLAR'S GUIDE TO THE CITY by Geoff Manaugh

© 2016, Geoff Manaugh

Published by arrangement with Farrar, Strauss and Giroux, L.L.C., New York

© De la traducción del inglés: Albert Fuentes

© Editorial Melusina, s.l.
www.melusina.com

Ilustración de cubierta: Max
Diseñador de cubierta: Juan García
Corrección y fotocomposición: Antonio Rómar

Reservados todos los derechos de esta edición.

Primera edición: septiembre de 2017

ISBN: 978-84-15373-50-6
Depósito legal: TF-1029-2017

Impresión: Estugraf s.l.
Impreso en España





CONTENIDO

1. Los invasores del espacio	7
2. El crimen solo es otra forma de usar la ciudad	33
3. Tu edificio es el objetivo	73
4. Las herramientas del oficio	119
5. Un trabajo desde dentro	165
6. Un crimen no es nada si no logras escapar	195
7. El robo presupone la arquitectura	223
Fuentes y citas	235
Agradecimientos	253







I. Los invasores del espacio

EL HOMBRE QUE SABÍA DEMASIADO

George Leonidas Leslie se mudó a Nueva York en 1869, el mismo año en el que empezaron las obras del puente de Brooklyn. La ciudad todavía acusaba el golpe de la Guerra de Secesión, que había llegado a su sangriento final apenas cuatro años antes. Familias desplazadas e inmigrantes del país con las cicatrices de la guerra en sus cuerpos recorrían las calles buscando trabajo, y los impenetrables fuertes y arsenales del ejército todavía se alzaban como castillos en los barrios más apartados. Lejos de las sombras y de la miseria, en una hoguera cada vez más desbocada de luz artificial, Manhattan se lanzaba en brazos de la llamada Edad Dorada, mientras industriales, financieros y barones del ferrocarril traían a la ciudad una avalancha de mansiones de ladrillo y piedra caliza, dotadas de abigarrados jardines privados, galerías de arte, cámaras acorazadas escondidas y salones de baile. Las desigualdades en riqueza y privilegios no podían ser más visibles, o representar un reto más descarado, un desafío más irresistible, para un recién llegado a la ciudad deseoso de dejar atrás toda la oscuridad y la mugre, y franquear con su ingenio las puertas de los confortables salones de la clase acomodada.

En esa época Nueva York estaba alcanzando el delirante ritmo acelerado que la convertiría en la capital global del siglo XX, icono del





espíritu emprendedor estadounidense y un banco de pruebas en tiempo real de lo que una ciudad moderna debe ser. Aparecían nuevas tecnologías que interactuaban entre sí de formas que nadie había previsto porque, en efecto, resultaban imprevisibles. Nadie sabía qué aspecto adoptaría en breve el rompecabezas de la ciudad. La invención del ascensor en 1853 tendría efectos urbanos que sobrepasaban hasta las previsiones más optimistas, haciendo que los edificios se elevaran hacia el cielo, mientras que un sistema de transporte neumático experimental diseñado por el inventor Alfred Ely Beach y cuyo prototipo se construyó en el subsuelo de Broadway inspiraría, con el correr de los años, la extraordinaria y laberíntica red de metros de Nueva York.

Leslie se había formado como arquitecto en la universidad de Cincinnati, donde se graduó *cum laude*. Siempre atento a los edificios que iban creciendo a su alrededor, Leslie caminaba entre el fragor de los solares en construcción de la Quinta avenida —supermansiones construidas con tantísima roca que se asemejaban más a montañas que a casas— y se acercaba a los muelles de la ciudad a dar un paseo, contemplando cómo los barrios se iban hilvanando solos mientras el elegante y monumental espinazo del puente de Brooklyn iba tomando forma. Era un hombre con carisma, con contactos, y habría podido trabajar para cualquiera de los clientes más acaudalados de la ciudad, desde banqueros a inversionistas.

Pero sus primeros pensamientos al llegar a la ciudad no fueron participar de aquel desfile de proyectos y construcciones, y menos aún poner su notable talento arquitectónico al servicio del embellecimiento de la ciudad para aquellos que nunca podrían permitirse vivir como reyes.

Su primer pensamiento fue que podría emplear su habilidad arquitectónica para desvalijar la ciudad.



Lo que ocurrió después inauguraría uno de los periplos criminales de extensión geográfica más asombrosa de la historia de Estados Unidos. George Washington Walling, jefe de la policía de Nueva York en la segunda mitad del siglo XIX, calculó que Leslie y su banda





habían estado detrás de un increíble ochenta por ciento de todos los atracos bancarios perpetrados en el país en esa época, hasta que Leslie fue traicionado en la primavera de 1878. El catálogo incluía el gran atraco a la Manhattan Savings Institution de octubre de 1878, que rapiñó cerca de tres millones de dólares de uno de los edificios más inexpugnables de Norteamérica. Leslie había planeado el atraco obsesivamente, sin tregua, estudiando cada detalle arquitectónico del edificio durante más de tres años, pero sería asesinado por un miembro de su equipo antes de poder contribuir al asalto.

Cautivado por el lujoso estilo de vida de sus clientes potenciales y futuros colegas, Leslie cedió a la tentación y corrompió la formación que había recibido. De cara a sus colegas, parecía tener una larga y exitosa carrera por delante como diseñador de residencias privadas, bancos y edificios de oficinas. Leslie, evidentemente, no tenía bastante con eso y en cualquier caso aquel ascenso social se presentaba demasiado lento. Era un hombre amable y ambicioso, con un pico de oro que le permitía ascender por el escalafón social en pos de los dueños de empresas e instituciones financieras, incluidos John A. Roebling, ingeniero del puente de Brooklyn, y Jim Fisk, inversionista de Wall Street.

Leslie se colaba con lisonjas en las reuniones privadas, no solo por los cócteles y la confraternización social, sino para estudiar el patio. «Por cierto —podía decirle a un empresario adinerado o al dueño de un banco durante una cena, como si se le acabara de ocurrir—. Soy arquitecto, ¿sabe? Me encantaría ver los planos de su nuevo banco en el centro de la ciudad. Estoy construyendo uno y la cámara acorazada me está dando problemas. Le estaría sumamente agradecido si me permitiera echar un vistazo rápido. ¿No tendrá los planos aquí?». Sirviéndose de las rancias buenas artes de la ingeniería social, Leslie obtenía de esta guisa acceso a documentación clave o dibujos estructurales de sus futuros objetivos —un pase al *backstage* de toda la metrópolis—, al igual que un aficionado a los coches podría pedirte echar un vistazo a lo que oculta tu capó. Nadie se lo pensaba dos veces, y ¿por qué iban a hacerlo? Leslie vestía bien y era arquitecto. Así pues, su ilícito conocimiento espacial de la urbe no hizo más que crecer.





Al mismo tiempo, Leslie se afanó en cultivar contactos en el otro extremo del espectro social: obreros de distintos ramos y expertos en empresas más oscuras. El arma secreta de Leslie en estas lides era una célebre traficante de mercancía robada, la prusiana Fredericka Mandelbaum, de todos conocida como Marm. Su buen ojo para las triquiñuelas y los subterfugios llegaba incluso a la arquitectura: tenía un montacargas instalado dentro de una cámara falsa en el tiro de la chimenea de su casa, donde podía ocultar su alijo de material sensible en caso de apuro. En vez de abrir o cerrar el humero, una pequeña palanca en la chimenea elevaba sus objetos hasta un lugar seguro. A su manera, Mandelbaum era una supervillana salida de una novela de Dickens con la guarida laberíntica de rigor situada, en este caso, en el Lower East Side de Manhattan. Su antro de ladrones contaba con varias entradas, puertas camufladas, guardas armados e incluso un punto de acceso escondido en la trastienda de una taberna en Rivington Street. Todas aquellas puertas conducían a un depósito de mercancías donde se podían cerrar tratos y negocios.

Pero Leslie veía en aquella mujer otros atractivos. Mandelbaum era dueña de un puñado de almacenes en Brooklyn, a orillas del río, donde guardaba, escondía y vendía la mercancía robada. Siendo objeto de la impredecible generosidad de la prusiana, Leslie pudo usar a su antojo esos almacenes como una suerte de campo de pruebas arquitectónico para sus futuros robos.

Fue allí donde el talento espacial de Leslie pudo florecer de verdad: en lo más hondo de los enormes interiores de los almacenes de Mandelbaum, casi a salvo del riesgo de que lo sorprendieran o desenmascarasen, disfrutando de la seguridad y el aislamiento que le proporcionaban las obras inacabadas del puente de Brooklyn, construía sus réplicas y maquetas a escala real. Si no conseguía hacerse con los planos, le bastaba con dibujarlos él mismo, después de depositar algún dinero en el banco que pretendía desvalijar y aprovechando el ínterin para echar una ojeada y estudiar el entorno. Más allá de su formación y carisma, Leslie tenía un don sobrenatural para detectar detalles arquitectónicos que a cualquier otra persona le hubieran pasado por alto. Era capaz de ver puntos ciegos y vulnerabilidades donde otros no hubieran visto nada. Leslie podía esbozar de memoria





los interiores de edificios y las dimensiones de cajas fuertes privadas, lo que le permitió reunir una biblioteca del latrocinio repleta de documentos arquitectónicos mucho más fascinantes que cualquier cosa que hubiera estudiado en la universidad. Luego, él y su banda empleaban aquellos planos de contrabando para guiar la construcción de maquetas exactas, como decorados teatrales en los que el arte del robo podía ensayarse hasta alcanzar la perfección.

No es descartable que la banda de Leslie fuera la creadora de lo que andando el tiempo se convertiría en el apolillado tropo hollywoodiense de la «cámara duplicada»: una réplica detallada del objetivo final, construida para ensayar y aplicar sofisticados métodos de acceso. Pensemos en *Ocean's Eleven*, *The Italian Job* o incluso *Inception*, películas en las que asistimos a escenas de almacén atestadas de equipos de ladrones con ínfulas arquitectónicas que juguetean entre maquetas y planos de sus objetivos. Leslie creó el modelo de esa técnica ya en la década de 1870, construyendo maquetas a escala real, como la vida misma, de cámaras acorazadas, comprando en el mercado negro copias de las cajas fuertes e instalándolo todo como en una galería del arte del robo en un archipiélago de almacenes a la luz de gas desperdigados por las calles adoquinadas del viejo Brooklyn. La obsesión de Leslie por los detalles llegaba incluso a los muebles que podían devenir escollos en los asaltos inminentes de sus bandas. Colocaba sillas y sofás, escritorios y vitrinas, en los lugares adecuados y luego entrenaba a su equipo a oscuras con un cronómetro para cerciorarse de que interpretarían la secuencia de pasos a seguir al pie de la letra, sin tropezarse con ninguna mesa.

Abreviando, Leslie desvalijó los bancos de los Estados Unidos del siglo XIX haciendo copias de los mismos y declarando la guerra a las clases pudientes de la costa Este sirviéndose de réplicas arquitectónicas.



Siempre ojo avizor, ya fuera trabajando por cuenta propia o porque otras bandas le habían encargado el diseño de su próximo golpe, Leslie vivía en una ciudad de asaltos espectaculares y atracos especulativos aún por consumir, un mundo en el que las oportunidades





criminales se escondían en la propia arquitectura de la metrópolis si se encontraba una forma alternativa de usar sus calles y edificios. Puntos de mira, posibles escondrijos, cómo se proyectaban las sombras a determinadas horas del día, rutas de entrada y salida de la cámara acorazada de un banco, incluso el orden específico de las calles para llegar y luego escapar del blanco elegido, tales eran las referencias urbanas que Leslie buscaba y anotaba. Vivía en una Nueva York paralela, un diagrama electrónico en el que constaban todas las entradas y conexiones posibles.

Concedía tanta importancia a los detalles y estaba tan seguro de sus habilidades que a menudo inspeccionaba personalmente los interiores de los bancos tanto durante la jornada laboral como mucho después. Antes de que su banda desvalijara la Manhattan Savings Institution en octubre de 1878, Leslie ya se había colado dos veces en el banco, sin llevarse nada, sencillamente para investigar el edificio y verificar que disponía de la combinación correcta de la puerta de la cámara acorazada. Todo ello prestaba a Leslie el aire de un fanático, aparentemente incapaz de resistirse a los cantos de sirena de un espacio arquitectónico sin rastro de empleados, incapaz de renunciar a la emoción ilícita del interior de una sede bancaria que por un instante le pertenecía a él en exclusiva, habiendo comprendido desde hacía largo tiempo que la mejor manera de alcanzar la comunión con un espacio arquitectónico era asaltándolo.

La banda de Leslie reforzó su riguroso adiestramiento incluyendo avispados trucos visuales y tácticas de camuflaje social. Al llegar a Dexter, Maine, para un atraco bancario que realizar en febrero de 1878, Leslie y los demás integrantes de su banda procuraron no cruzarse por las calles y alquilaron habitaciones en hoteles distintos para que nunca pudieran verlos como grupo. Entonces equipó a sus secuaces con disfraces que había robado de la Ópera de Nueva York para asegurarse de que nadie pudiera reconocerlos durante el delito. Se trataba de algo que ya había hecho otras veces a lo largo de los años, habiendo obligado en una ocasión a un miembro de la banda —el hombre que más adelante terminaría segando su vida— a vestirse de mujer y actuar como centinela mientras su equipo atracaba el Ocean National Bank de Manhattan. En Maine, los disfraces del





grupo incluían ropa nueva, pelucas y barbas postizas; además, desplegaron un telón negro delante de la entidad para evitar en la medida de lo posible que el atraco se viera desde la calle. Esta vena teatral convirtió las actividades delictivas y su banda informal de cómplices con los que llevaba a cabo sus atracos en una especie de *troupe* itinerante de teatro de vanguardia, un ingenioso equipo de producción cuya labor conjugaba las técnicas teatrales, la arquitectura y una picaresca del disfraz en la aventura de encontrar vías de acceso a los espacios cerrados de la ciudad.

El peculiar talento de este grupo para el robo se revela en pequeños pero espectaculares detalles, descritos memorablemente por el biógrafo de Leslie, J. North Conway, en su libro *King of Heists*. En enero de 1876, según relata Conway, la banda llegó a Northampton, Massachusetts, para robar un banco. Leslie ya había realizado varios viajes a Northampton antes del atraco para estudiar el diseño y la organización de la localidad, llegando incluso a recorrer a pie varias rutas de huida posibles. Había aprendido años antes que la pericia arquitectónica no tiene ningún valor si no va acompañada de pericia urbana: si no sabes cómo huir de la escena del crimen, tal vez no te convenga cometerlo.

Allí en Northampton, la banda de Leslie dejó de fijarse en el espacio para hacerlo en el tiempo. Antes de asaltar el banco, se colaron en los aposentos del vigilante, para dejarlo incapacitado durante el delito. Si estaba atado, pensó el grupo sin andarse por las ramas, entonces no podría pararlos o llamar a la policía. Sin embargo, previendo cuál iba a ser el relato que el vigilante daría del asalto, que incluiría naturalmente detalles sobre la hora de llegada de los malhechores, cuánto tiempo pasaron en la cámara acorazada y, más importante si cabe, a qué hora se perdieron entre las sombras de la noche de Nueva Inglaterra, también manipularon los relojes del cerbero parándolos o rompiéndolos. Así pues, el vigilante y su familia permanecieron inmóviles sin tener idea del tiempo transcurrido, como si los hubieran arrancado por la fuerza del tiempo presente para dejarlos esperando en un purgatorio criminal. Podían haber pasado veinte minutos o dos horas, pero el caso es que cuando los encontraron y desataron hacía tiempo que el equipo de Leslie había desaparecido.

